

## CAPÍTULO I

— ¡*M*i señor! — Llegó el soldado sin previo aviso al Salón del Trono donde se encontraba el rey jugando al ajedrez, interrumpiendo así su concentración.

Alfonso miró al joven soldado y a su acompañante, que traía consigo un pergamino enrollado, el cual llevaba impreso el lacre de la Casa de la Cerda. Alfonso, al darse cuenta de que se trataba de su hijo, mandó que se acercaran a él.

— ¿Quién sois? — preguntó mientras le miraba con detenimiento.

— Mi señor, es... — interrumpió el soldado.

— ¿Acaso os he preguntado a vos?

— No, mi señor — negó el soldado con la cabeza.

— Pues dejad que sea él quien hable. — Volvió a dirigirse al hombre que le acompañaba —: ¿Y bien? ¿Podéis contestar?

— Sí, mi señor — asintió con la cabeza —. Soy Rodrigo Cano, y me han enviado para darle esto —. Le entregó al rey el pergamino y éste, vacilante, lo cogió.

— ¿Quién os manda? — dijo desconfiado.

— He sido enviado por don Juan Núñez de Lara, caballero de su hijo el Infante Fernando, mi señor.

El rey, sin decir más, abrió el pergamino rompiendo el lacre que guardaba la noticia. Impaciente, comenzó a leer lo que en él ponía.

*1275, julio, 25. Villa Real.*

*Mi señor, lamento ser yo, don Juan Núñez de Lara, quien le haga conocedor de esta trágica noticia. El Infante, don Fernando de la Cerda, estando al frente de su ejército, cayó desplomado cuando nos disponíamos a combatir contra los benimerines.*

*El cuerpo sin vida de su primogénito se halla en Villa Real, lugar donde aguardo con impaciencia, junto a mi ejército, vuestras órdenes y así dar descanso al Gran Infante de Castilla.*

El rey cerró la mano con la que sujetaba el pergamino sin más, miró a los presentes que allí se encontraban con motivo del torneo de ajedrez, que en muchas ocasiones preparaba el Rey Sabio, y se dirigió a ellos con voz entrecortada.

—Sabed que mi hijo, el Infante Fernando de la Cerda, ha muerto.

Todos los nobles comenzaron a murmurar.

—¡Mi señor!, sabéis que estaremos a vuestro lado en lo que necesitéis. —Se oyó entre el murmullo, haciendo callar todas las voces.

—Gracias, Pelayo, pero lo único que deseo en estos momentos es dar descanso eterno a mi hijo. —Se dirigió a su vasallo—: Avisad a la reina, decidle que he de hablar con ella y que preparen todo. Partiremos en la mañana hacia Villa Real.

Al cabo de los días, llegó a Villa Real el cortejo fúnebre acompañado por nobles entre los que se encontraba Juan Núñez de Lara, los reyes, su hijo Sancho y Blanca de Francia, esposa de Fernando, y los infantes de la Cerda, llevando el

cuerpo del Infante hasta el Convento de San Pablo, de la Orden de los Dominicos en Burgos; allí, ante los ojos de los presentes, dieron sepultura al joven Fernando. Se despidieron de él hasta que la muerte volviera a unirles ante el Señor.

Poco después de la muerte del Infante Fernando, comenzaron a sucederse los ataques de los nobles, sublevados contra aquellos que apoyaron al rey años atrás.

Pelayo, uno de los nobles invitados por el rey a aquel fatídico día en el que se enteró de la muerte de su primogénito, fue atacado cuando se dirigía a su Condado.

Después de dos años del primer ataque, la batalla aún duraba. Comenzando en Magán y afincando su campamento en Recuas; una villa de la comarca de La Sagra, en Toledo, desde donde trazaban sus estrategias de ataque para abatir al enemigo; el conde de Oñer. Enemigo que aceptó la invitación del conde de Elesscas para intentar llegar a un acuerdo y poner fin a una batalla por la conquista de sus tierras.

— Como sabréis, Hernando, insisto en que debemos terminar esta batalla que dura desde que murió el Gran Infante de Castilla y que vos os empeñáis en proseguir. Nuestros hombres están cansados y es momento de que vuelvan con sus familias. ¿Qué decís? — Pelayo lo miró en busca de su aprobación.

Hernando se quedó pensativo durante unos instantes fijando su mirada, con un brillo especial, en Pelayo.

— Jamás — sentenció —. Mi buen nombre de «El Cruel», no se debe a los acuerdos de paz ni a rendirme como vos pretendéis...

— Nunca dije que os rindierais — interrumpió Pelayo —. Sé de vuestra insistencia en conquistar mis tierras; pero como habéis podido comprobar, es imposible. No olvidéis que son

muchos, como vos, los que lo han intentado y no lo han conseguido. Así pues, terminemos con esto de una vez, Hernando.

— Me deshonráis con vuestras palabras. ¿Desde cuándo un conde se rinde sin luchar? — Hernando empezó a enfurecerse —. Lo único que pretendéis con esto es reiros de mí y de mis hombres; pero escuchad bien, Pelayo, conquistaré vuestras tierras, mataré a todo aquél que ose a revelarse contra mí, tomaré a vuestra esposa y desterraré a vuestro hijo. Y vos los veréis bajo el filo de mi espada.

Pelayo, lleno de ira al oír esas palabras, clavó sus ojos en Hernando y tomó aire para serenar sus nervios.

Era un hombre tranquilo, querido y admirado por los aldeanos de su condado. Intentaba firmar la paz con acuerdos y encuentros antes de llegar a una batalla, donde, si nadie lo remediaba, morirían muchos inocentes; aunque en esta ocasión no hubiera servido de nada.

— Voláis muy alto para lo insignificante que sois, Hernando. — Se levantó y llamó a Hugo, su caballero.

— Sí, mi señor. — Hugo dio un paso hacia delante y se posicionó a su lado.

— Acompañad a Hernando y a su caballero hasta los equinos, el encuentro ha terminado.

Hernando se levantó para marcharse, pero antes de salir de la tienda se volvió desafiante hacia Pelayo.

— ¿Sabéis lo que más deseo en este momento? — Hizo una breve pausa ante la mirada fría de Pelayo —. Lo que deseo es que caigáis ante mí. Vuestra muerte será mi victoria y mi mayor recompensa en esta batalla. — Y sin dar tiempo a que Pelayo contestara, salió de la tienda.

Durante la vuelta al campamento, Hernando no dijo nada, se había marchado victorioso sabiendo que había conseguido lo que quería.

Fue una travesía larga y silenciosa. Al llegar al campamento, Hernando se dirigió a Yago, su caballero.

—Yago, preparad a los hombres para atacar. Esta noche acabaré con la vida de ese insignificante conde y me proclamaré dueño y señor de sus tierras y todo lo que ha poseído durante años, será mío por fin. Pagaré por su traición.

—Lo que ordenéis, mi señor.

Hernando «El Cruel», como bien se le conocía, era un hombre frío y calculador, capaz de hacer cualquier cosa para conseguir lo que se proponía. Torturaba a sus víctimas hasta que no les quedaba ni una gota de aliento, humillaba a su servidumbre, era déspota, envidioso y maleducado; no soportaba que fueran mejor que él, y sus ansias de poder le hacían ser tan odiado como temido.

Deseaba poseer el Condado de Elescas, en tierras de La Sagra Alta, no solo por su venganza, sino también por su riqueza para el cultivo y por la extensión del condado que abarcaba: Usius, Hieles, Esquiuias, Burug y Elescas, donde se asentaba Pelayo. El objetivo de Hernando era hacerse poco a poco con los Condados de La Sagra y así hacerse dueño y señor de la comarca entera.

La noche estaba cerrada y amenazaba tormenta, Pelayo no podía conciliar el sueño, le venían a la cabeza las palabras de Hernando: *Tomaré a vuestra esposa y desterraré a vuestro hijo.*

A Pelayo no le importaba perder sus tierras, pero temía por su familia. Sabía cómo era Hernando y de lo que era capaz de hacer para conseguir lo que se proponía.

Cogió una bolsita de cuero, la cual siempre llevaba encima. Allí guardaba un pequeño caballo de madera que había tallado para su hijo; lo sacó, con la mirada puesta en él, lo acarició recordando a su pequeño, y con su recuerdo, se olvidó por completo de Hernando.

Transcurría la noche con tranquilidad, y Pelayo, por fin, consiguió conciliar el sueño. Mientras, en los alrededores del